

Isabel salió, llevando en sus labios aquella cruel sonrisa que helaba de espanto todos los corazones, y la desgraciada María se dejó caer de rodillas murmurando:

—¡Señor, Dios mio! Tended vuestra mano poderosa á esta infortunada! Mirad con ojos de misericordia á esta esposa sin esposo; á esta madre sin hijos, á esta reina sin trono! ¡Señor, vos que sois el padre de todos, no me desampareis!

### XXXI.

Isabel creía, y no se equivocaba, que no gozaría de impunidad en su atentado contra la joven reina de Escocia: todos los partidarios de María querían salvarla: era hermosa y desgraciada; era, además, conocida la rivalidad y la envidia de la reina Isabel; su duro cautiverio interesaba á los corazones más frios: las tentativas para sacarla de la prision se multiplicaban; y al ver que todos sus partidarios caían en poder de los satélites de Isabel, y que el cautiverio de María no tenía fin, algunas damas de su corte, además de todas las de su servicio, fueron voluntariamente á encerrarse con ella en la prision de estado que ocupaba.

El Papa Pio V, indignado con los manejos de Isabel, que era protestante, lanzó contra ella una

bula de excomunion, la declaró destituida de todo derecho á la corona, y relevó á Inglaterra del juramento de fidelidad; pero la furia desencadenada del mundo entero no hubiera arredrado á la fiera Isabel, decidida á dar muerte á la reina de Escocia.

Cuatro años pasaron. María había ya ordenado las horas de sus largos días: bordaba, pintaba, leía, hacía versos y tocaba el arpa: el amor, en efecto, había venido á visitarla de nuevo en su cautiverio: su hermosura, lejos de desaparecer, había tomado un carácter más sublime; ya no miraban sus grandes ojos ninguna de las miserias de la tierra; miraban al cielo ó al fondo de su alma.

El duque de Nortfolk se había enamorado ciegamente de ella: este señor, jefe de la primera casa de Inglaterra, era joven aún, gallardo, y su carácter era noble y elevado: la reina halló en aquel amor un dulce consuelo: pero aun vivía Bothvel, causa de todas sus desgracias, unido á ella con los lazos del matrimonio, y aunque el duque hubiera querido unirse á la reina con lazos indisolubles, no era posible por entonces conseguirlo.

Nortfolk era el último amor de Isabel: apasionada de él desde hacía largo tiempo de una manera profunda y concentrada, nadie había conocido aquel amor: mas al saber el que le unía á su rival, estalló como un violento incendio y su furor no conoció ya límites.

El duque, acusado de alta traicion por conspirar para la libertad de María, fué condenado á muerte y decapitado en la torre de Lóndres, sin permitirle que se despidiese de la prisionera.

Aquella muerte arrancó del corazon de la reina de Inglaterra la última fibra sensible, y juró que María había de morir muy pronto.

La desgraciada prisionera lloró muy amargamente el trágico fin del duque, que era su prometido esposo, pues se habían dado palabra de casamiento para cuando pudiera efectuarse; la había amado con todo su corazon y, despues de haber disfrutado de la grata compañía del noble caballero; despues de haber oido las dulces y apasionadas frases que la prodigaba, su cautiverio le pareció mucho más horrible.

Aquel era el último rayo de amor, el último resplandor de dicha que debía alumbrar su vida.

Aun permaneció Isabel perpleja ante su deseo de acusar publicamente á María, entre la duda de no saber cómo dar verosimilitud al proceso y el deseo de quitarla lo antes posible del mundo de los vivos: la reina de Escocia era como la sombra negra de su vida; despierta, dormida, su pensamiento fijo era exterminarla; pero su hipocresía, su deseo de aparecer virtuosa é irreprochable, no la permitían tampoco atropellar por todo, como hubiera deseado.

Tan poderosa es la voz de la conciencia, aun en

los seres más malvados; tal vacilacion hay para el mal, que los años pasaron é Isabel dejaba aun vivir á su enemiga; María, desprendida ya de todo pensamiento terrenal, sobrellevaba su cautiverio con una constancia heróica, pero sin esfuerzo para ella, pues estaba tranquila, resignada á morir, y casi deseando la muerte, como puerto de seguro descanso; sólo lloraba el no poder ver á su hijo; á su hijo, que crecía lejos de ella, y al cual no había visto desde que tenía cuatro años.

La reina no podía ya figurarse aquel rostro de ángel, pues el príncipe debía estar muy cambiado: ya debía ser casi un hombre, y los recuerdos decían á María que debía ser el retrato de su segundo esposo el desgraciado Darnley.

Algunos historiadores, entre ellos el ilustre novelista belga Mr. Enrique Berthoud, han dicho, y aun afirmado, que la reina de Escocia tuvo una hija de su tercer matrimonio con el conde de Bothvel, y que esta niña, nacida en la prision y bautizada ya con el nombre de su madre, fué entregada á la superiora del convento de Nuestra Señora de Loissom, que la educó hasta su muerte.

Cuando la venerable superiora pasó á mejor vida encargó la pobre huérfana al arzobispo de la ciudad, anciano venerable dotado de una alma noble y generosa, y que vivía con una hermana diez años más jóven que él, solterona y de carácter insoportable.

Nadie, ni aun el obispo, ni aun la misma María

sabian quiénes eran los padres de ésta; la abadesa se había llevado á la tumba su secreto, temerosa de atraer la muerte sobre la inocente huerfanita: la raza de los Estuardos estaba proscripta y perseguida: así, pues, María, á la edad de diez y seis años fué recogida en la casa del obispo, y servía de doncella y de mártir á la feroz solterona, para quien eran aborrecibles la juventud, la hermosura, la inocencia de María, y el amor paternal que su hermano la profesaba.

Hacíala sentarse por la noche á la cabecera de su lecho y leerle en alta voz durante cuatro ó cinco horas, para entretener sus nervios irritados y su histerismo. María, que tenía el pecho delicado, se ponía muy ronca, y se sentía abrumada de fatiga; mas no podía ni eludir aquella cruel tarea, ni aun quejarse; la solterona se le burlaba, la reprendía duramente y la llamaba pobre expósita, recogida por caridad, y expuesta á irse á la calle cuando ella quisiera echarla.

María, paciente como un ángel, sola, aislada, sufría y ofrecía á Dios sus tormentos; pared por medio del palacio del obispo estaba la de un rico pañero llamado Juan Pastelot; las ventanas de la sala de labor del palacio episcopal daban sobre el jardín de la casa del pañero; éste tenía un hijo llamado como él, y una hija llamada Catalina, de la edad de María; ésta veía á los dos hermanos correr y jugar en el jardín de su padre; la jóven corría,

perseguíala su hermano y un beso era el fin de estas contiendas.

El pañero y su mujer sonreían á sus hijos sentados en un banco rústico, sombreado por dos viejos tilos; eran dos ancianos honrados y venerables; todo el solaz de la pobre huerfanita era ver aquel apacible cuadro doméstico, y cuando se separaba de la ventana era con las lágrimas en los ojos y murmuraba:

—¡Qué felices son! ¡Tienen padres... yo soy sola en la tierra!

Un día la descubrió Catalina y dijo á Juan:

—¡Mira qué hermosa cabecita rubia hay en aquella ventana!

Juan la miró, en efecto, y vió además de una hermosa cabellera, una cara preciosa, dulce, inteligente, encantadora.

Al día siguiente volvió á la misma hora; saludó á María, y ésta se puso muy colorada.

Catalina la dió los buenos dias.

A la semana siguiente, y despues de varios saludos, Catalina invitó á María á ir al jardín con ella. María se excusó, y dijo que no era posible.

Dos dias despues de esto, y estando la pobre María con los dos hermanos, entró de improviso en la estancia la hermana del obispo; éste se hallaba girando á la diócesis su visita anual; la cruel solterona vió á la vez el pretexto y la ocasion de deshacerse de la huérfana, á la que detestaba, sobre

todo por el interés que inspiraba á su venerable hermano, y cayó sobre ella como el ave de rapiña sobre su presa.

—¡Vas á salir ahora mismo de la casa, pícara, deshonestal! gritó: ¡ve á hablar con el señor Pastelot á la calle, que esta casa no ha de ser el abrigo de tus desmanes!

—¡Señora! exclamó María aterrada: ¡yo hablaba con su hermana...! ¡Nunca le he visto de cerca...! ¡No le conozco...! ¿Adónde he de irme? ¡Tened piedad de mí!

—¡A la calle! repitió furiosa la hermana del obispo.

—¡Perdon!

—¡No hay perdon! ¡Fuera de aquí!

Y la irascible mujer abrió la puerta de la habitación, empujó hacia afuera á la desdichada niña, y cerró con ímpetu furioso.

María tenía diez y seis años; á nadie conocía en la ciudad ni sabía ninguna calle; desde el convento de Nuestra Señora y en el coche del obispo, había ido al palacio de éste; diez meses hacía que estaba allí, y aun no había pisado la calle; oía misa en el oratorio; no sabía ni podía tomar ningun partido.

Sentóse desolada en la escalera y se puso á llorar, con la cara oculta entre ambas manos.

La tarde caía; la noche cerraba fría y oscura; dos horas habían pasado, cuando María oyó pasos y el crujido del traje de una mujer que subía; pú-

sose en pie, y sin ánimo para moverse, quedó esperando.

—¿Quién sois? preguntó la voz dulce de una mujer que traía una caja en la mano; ¿sois de casa de monseñor?

—¡Lo era aun no hace dos horas! dijo gimiendo la jóven.

—¡Ah! ¡Es la señorita María! exclamó la que llegaba; ¿está la señora en casa?

—Sí, señora.

—¿Qué veo? ¿Estais llorando? ¿Qué haceis aquí, señorita?

—¡No lo sé, repuso María: la señora condesa me ha echado de su casa!

—¡Echaros de su casa...! ¿Y monseñor?

—Salió esta mañana de la ciudad, y debe estar ausente algunos dias.

—Voy á ver si consigo que volvais á entrar, dijo la buena mujer; traigo á la condesa dos gorras de encaje que me encargó el dia que estuvo en mi tienda, y si la agradan, acaso podré ablandarla, á pesar de su genio perverso.

—¡Oh, Dios mio, señora, os deberé la vida! exclamó la pobre María; si no quiere volver á recibirme, ¿qué será de mí?

—Si no quiere volver á recibirnos, vendreis á mi casa, vivireis conmigo y sereis mi hija; no perderéis gran cosa en el cambio, pues aunque monseñor es un santo, la condesa es una furia y os envidia

el afecto que su hermano os tiene; ¡eh! valor, y enjugad esas lágrimas.

Y la caritativa industrial, uniendo la acción al precepto, secó con su pañuelo las lágrimas que bañaban el dulce rostro de María, y después de estrecharla la mano, llamó á la puerta de la habitación.

María esperó cerca de una hora con mortal angustia; deseaba con ansia volver al palacio episcopal, pues temía lo que de ella podía decir la condesa al obispo, cuyo cariño y estimación tenía en mucho; por fin se abrió la puerta, y la modista salió con las manos desocupadas.

—Vamos á casa, señorita; dijo á la joven.

—¿Ha dicho que no? preguntó débilmente María.

—Se ha negado absolutamente.

—¡Dios mío! ¿Qué dirá monseñor?

—¿Qué ha de decir? ¿Os figurais que no conoce á su hermana? ¡Ea, venid!

La pobre niña, sin asilo, sin pan, abandonada sobre la tierra, siguió á su protectora, que la condujo á su casa.

Algunos días después el coche episcopal paraba á la puerta del modesto almacén de modas, y una linda joven rubia que trabajaba en un ángulo de la tiendecilla se levantó, dando un grito de alegría.

El anciano obispo descendió con trabajo del carruaje, y María, arrodillándose á sus pies, besó llorando aquella mano venerable, que no cesaba de repartir socorros á los desdichados.

El obispo penetró en la tienda y, después de levantar á la huerfanita, la llevó por la mano y la hizo sentar á su lado en el fondo de aquélla.

—Hija mía, le dijo: vengo á buscarte; en tu mano está volver al lado de tu viejo padre, que te quiere tanto.

—No, padre mío, respondió la niña; no seré yo causa de que contrarieis á la señora condesa, acaso por la primera vez de vuestra vida; ella os ama tiernamente y no quiere partir con nadie vuestro afecto, al menos dentro de su propia casa; yo debo respetar su dicha permitiéndome, monseñor, que me quede aquí; el trabajo y la paz hacen de esta casa una mansión la más apacible y tranquila; esta buena señora es para mí una madre; y, habiendo perdido á su esposo y á sus hijos, tiene la bondad de decirme que estima mi compañía.

—¡Ah, monseñor! Si me quitais á esta niña, no me consolaré jamás! exclamó la modista; es un ángel sin igual en la tierra.

—Quédate, pues, dijo el prelado; yo te daré una pensión, hija mía, y aquí serás más dichosa que al lado de la condesa; tienes razón; mi hermana tiene celos hasta del aire que respiro, y acostumbra á domíname como á un niño, no puede sufrir que nadie se interponga entre ella y yo; vendré á verte cada dos días, y siempre, hasta que Dios me llame á sí, seré tu padre.

El prelado se levantó; hizo una seña á la mo-

dista, y puso en sus manos una bolsa bien llena.

—Para los gastos de mi niña, dijo.

—Monseñor, repuso la buena mujer; permitidme que con todo respeto rehuse vuestro dón; yo adoro á María, ella ocupa en mi corazón el lugar de todos los seres que amaba y que he perdido; aunque no soy rica, no soy pobre tampoco, y desearía que todos sus gastos fuesen de cuenta mia.

—Guardadlo entonces para su dote.

—Con ese objeto, sea, dijo la modista tomando el dinero; yo no puedo dotarla como merece.

El obispo besó á María en la frente, y dando su bendición á la muchedumbre agolpada para verle á la puerta de la pequeña tienda, tomó su coche, acompañándole hasta el estribo María y su madre adoptiva.

Dos días despues, un jóven de gallarda y severa figura se detuvo á la puerta de la tienda y miró hacia el fondo. María bordaba, pero alzó por casualidad los ojos, vió al jóven y se puso colorada.

—Buenos días, amigo Juan, dijo la modista; ya están concluidos los gorros de vuestra madre y de Catalina, y vuestra corbata de batista; la de vuestro señor padre la está terminando María; por cierto que jamás obra más divina ha salido de mi tienda; la lástima es que la vuestra estaba ya hecha cuando esta niña llegó á casa: tiene para bordar unas manos de hada; ¿no os quereis sentar?

—De buena gana, dijo Juan Pastelot; me sentaré para decir á esta señorita dos palabras.

—¿La conoceis?

—La he visto alguna vez; y por hallarla un día hablando con mi hermana y conmigo, la hizo salir de su casa la hermana del obispo.

—¿Cómo sabeis... murmuró María...?

—Me he informado de lo que pasaba, dijo gravemente Juan: al buscaros en vano en la ventana, pensé morir de dolor, porque os amo.

María se quedó pálida; en sus más bellos sueños de dicha se había visto esposa del gallardo y grave Juan Pastelot.

—Decidme que no os soy odioso, prosiguió el jóven, cuya voz temblaba de emoción, y mañana pedirá mi padre vuestra mano á Monseñor.

María ocultó su bella cabeza rubia en el hombro de la modista.

—Que la pida, dijo ésta; yo conozco bien lo que quiere decir el silencio de las niñas en ciertas ocasiones.

Dos meses despues se casó María con el rico pañero Juan Pastelot, jefe de la casa ya, pues su padre se había retirado del comercio para descansar de lo mucho que había trabajado; el obispo les dió la bendición nupcial; mas al ir á entregar al esposo el dote de María, que ascendía á una suma respetable, el honrado pañero separó la mano, y dijo:

—Perdon, monseñor; yo quiero á mi mujer sin nada; en su nombre y en el mio cedo su dote á los pobres; así me lo ha mandado mi padre, que ha trabajado toda su vida, y me ha enseñado á trabajar para enriquecer la casa.

Pasaron muchos años. María, excelente hija para los viejos Pastelot, amantísima esposa de Juan y tierna hermana de Catalina, fué madre á su vez: tuvo seis hijos, que le dieron nietos; contaba sesenta años y setenta su marido, cuando se hallaba rodeada de una numerosa familia que, unida á la dilatada de Catalina, también casada y fecunda, formaba una colonia de seres buenos y felices, alegres y generosos. La familia Pastelot disfrutaba de una estimación general y profunda, é inspiraba á todos un tierno y sincero respeto por la pureza de sus costumbres, su caridad y su perfecta unión.

Era una noche de navidad; el frío azotaba el rostro en las calles; pero la familia Pastelot, reunida en la gran sala de la casa de los abuelos, celebraba el nacimiento del Salvador del mundo.

Los padres de Juan habían muerto de vejez, bendiciendo á sus hijos.

Sentada María al lado de la chimenea, donde ardía un alegre y abundante fuego, tenía en su regazo una niña de tres años, que la acariciaba dulcemente; á sus pies, una joven que contaría diez y seis, se apoyaba en sus rodillas.

Inmediato al sillón de su mujer estaba el de Juan Pastelot, anciano venerable, y cuyos cabellos blancos nada perjudicaban á la expresión afable de su fisonomía.

María, á los sesenta años, conservaba aun señales de su pura y encantadora belleza; sus grandes ojos llenos de dulzura, su noble frente, su sedosa y abundante cabellera, que aunque ya blanca, se rizaba en bucles naturales bajo una rica escofieta de encajes, daban á su persona un encanto indecible.

Algunas jóvenes adornaban y cubrían de mantos una gran mesa, colocada en medio de la estancia, riendo y departiendo con mancebos de su edad; veíase á una que hacía á su novio señas de inteligencia: alguno enviaba á la suya un beso en la punta de los dedos; todos eran hijos y nietos de los esposos Pastelot.

Además de la familia se hallaban reunidos allí varios vecinos con las suyas; el platero, el tintorero de la misma calle, un rico tejedor con su mujer y sus hijos, y dos acaudalados pañeros, rodeaban con sus mujeres y sus hijos el hospitalario y alegre hogar de la familia Pastelot.

De repente se oyó en la calle insólito rumor de carruajes y caballos; la puerta de la casa tembló al impulso del llamador de cobre, sacudido con fuerza; el hijo mayor de Pastelot, padre de la joven y de la niña que jugaban con la abuela, se asomó á la ventana.

—¿Quién llama? preguntó.

—¡Abrid, de orden del rey! respondió una voz varonil.

Toda la concurrencia se estremeció y se puso en pie.

—No hay que asustarse, dijo el abuelo; á nadie hemos hecho daño en nuestra vida, y así, no hay nada que temer; ¡abrid!

Juan bajó con algunos criados; la gran puerta de encima se abrió; bajaron de dos carrozas cuatro caballeros cubiertos de bordados, y seguidos de una gran comitiva que los acompañaba subieron la escalera, precedidos y seguidos de criados de la casa, que alumbraban con hachas de cera.

Al llegar á la puerta de la estancia, donde toda la familia se hallaba reunida, el más joven de los caballeros, que se había descubierto respetuosamente como sus compañeros, preguntó:

—¿La señora María Pastelot?

—Yo soy, respondió tranquilamente la anciana, que á la vista de los enviados del rey se había puesto de pie como todos los presentes.

—¡Dios guarde á V. M.! dijo el caballero doblando una rodilla delante de María, é imitándole todas las personas de su séquito.

—¿Qué haceis? exclamó la anciana sorprendida; ¿qué haceis, señores?

—¡Rendir os el primero, el homenaje de mi respeto, señora y muy amada tía! respondió el caba-

llero; la corona de Inglaterra es vuestra, y el Parlamento me envía para ofrecéosla y conduciros al trono; sois la hija de la desventurada reina María Estuardo, decapitada por orden de la sanguinaria Isabel, y el pueblo inglés quiere poner en vuestras sienes la doble corona de Inglaterra y de Escocia.

María no pudo responder á estas palabras: su marido, arrodillado delante de ella, le ofrecía el primero el homenaje de su vasallaje y de su fidelidad: toda la familia imitó el ejemplo del padre, y María vió al derredor de sí un ancho círculo de cabezas inclinadas.

—Levanta, Juan, dijo, obligando á ponerse en pie á su marido; yo soy quien te debe y te ha dado siempre obediencia; levantad, hijos míos; no soy aun la reina María, sino vuestra madre y vuestra abuela.

Y volviéndose á los Embajadores añadió:

—Levantad, señores, y recibid mi gratitud por esta primera muestra de adhesión y vasallaje que me dais: y ahora, sobrino mío, decidme: ¿estais autorizado para llevarme á Inglaterra con toda mi familia?

—No, señora.—respondió el príncipe; debéis venir vos sola: vuestro matrimonio con un hombre del pueblo queda nulo desde el instante en que sois reconocida como reina de Inglaterra y de Escocia: ved aquí el acta del Parlamento, en la que



se os reconoce heredera de la corona, y libre de los lazos que hasta hoy han unido á V. M.

María dirigió una tierna mirada á su marido que temblaba lívido de espanto: aquella mirada se extendió despues hacia toda su familia pálida y aterrada, que esperaba sus palabras como un pueblo de reos su sentencia de muerte; y volviéndose á los embajadores, dijo con voz dulce y firme:

—Decid á la Cámara, señores, que estimo altamente el honor que me hace; pero que no lo acepto.

—¿Qué dice V. M.?—exclamó el príncipe, sin poder dar crédito á sus oídos.

—Digo, que siendo huérfana, pobre y desvalida se casó conmigo el honrado pañero Juan Pastelot, y que yo no le dejaré ahora por dos tronos: digo que durante cuarenta y tres años he vivido con él feliz y respetada, y que le debo una eterna gratitud; que no quiero ni puedo romper este dulce lazo, y que quiero dormir á su lado el último sueño, esperando no separarme de él ni aun en la eternidad: digo que no quiero dejar á mis hijos, á mis nietos, á mis amigos, y que la reina María desaparece para siempre del mundo, quedando sólo la señora María Pastelot.

Y esto diciendo, la anciana rompió el acta que tenía en la mano, y abrazó tiernamente á su marido.

—¡Siempre unida á tí, en la vida y en la muerte! le dijo en voz baja.

Toda la familia, todos los amigos prorrumplieron en gritos de alegría y rodearon á María, llorando, sollozando, abrazándola, besándole las manos y el vestido.

—¿Es esa, señora, la última voluntad de V. M.? preguntó tristemente el príncipe.

—¡La última é irrevocable!

—¡Vuestros reinos os necesitan! La sangre correrá á torrentes por vuestra negativa.

—¡Que Dios proteja á la Inglaterra y la Escocia! dijo María elevando fervorosamente al cielo los ojos y las manos: creed, señores, que así yo como mi familia rogaremos al cielo todos los dias de nuestra vida por dos cosas: por la prosperidad de aquellos reinos y por la eterna salud de mi desventurada madre.

Luégo, haciéndose superior á la emocion que la embargaba prosiguió:

—Mi reino es sólo el que yo puedo gobernar en esta casa; no me exijais lo que no sabría hacer.

—Permitidnos á lo ménos que besemos vuestra regia y venerable mano, dijo el más anciano de los embajadores, conmovido ante tanta virtud y fortaleza. ¡V. M. es una heroína y una santa!

—Soy esposa y madre feliz; nada mas.

Los cuatro caballeros besaron de rodillas la mano de María, y luégo salieron de la estancia, acompañados por el anciano Pastelot y por sus hijos, y alumbrados por los criados de la casa.

—¡Mejor se entiende aquí la dicha que en las cortes! murmuró el joven príncipe mirando con tristeza el macizo edificio cuya puerta se cerraba.

—¡Qué reina pierde Inglaterra! dijo á su vez otro de los embajadores: ¡qué admirable princesa!

—Olvidemos esta interrupcion, dijo María cuando volvieron á entrar en la estancia su esposo y sus hijos, despues de despedir á los embajadores; ¡á la mesa! Las tortas que yo hice ayer están calientes: ¡las viandas, nos esperan! ¡A la mesa, y pensemos sólo en celebrar la venida al mundo del que, rey de reyes, quiso nacer en un pesebre!

María murió seis años despues: su marido la sobrevivió un mes solamente; aquellas dos almas no pudieron separarse.

Sus hijos los acostaron en el mismo sepulcro: era un gran lecho de piedra, ornado de flores, con esta inscripcion:

«AQUÍ REPOSAN LOS ESPOSOS PASTELOT.»

La hija de reyes amó hasta la muerte, y fué fiel hasta la tumba al hijo del pueblo.

### XXXII.

No he querido pasar en silencio este tierno episodio, segura de que habrá interesado á mis lectores.

Volvamos ahora á la desventurada reina de Escocia; la de Inglaterra, cansada ya de todas las dilaciones que su miramiento á la opinion general le había impuesto, resolvió acabar de una vez con la infortunada cautiva; la acusó públicamente de haber excitado al Papa para que la excomulgase. María se justificó de este cargo; pero el Parlamento, instruido secretamente por Isabel, pidió que se abriese un proceso contra la desventurada cautiva.

La reina de Inglaterra aparentó negarse á esta demanda durante mucho tiempo; pero al fin dió su consentimiento, y se eligieron cuarenta comisarios, á los que se les concedió el derecho de interrogar y de juzgar á María.

Indignada ésta, se opuso á todo procedimiento, y exclamó:

—Soy reina independiente y absoluta, y nada haré que rebaje la majestad real: mis desgracias no han abatido mi valor hasta el punto de hacerme descender de mi alta clase, y dar cuenta de mi conducta á la Cámara de una nacion extranjera.

Aquel arranque, motivado por la dignidad y la razon, asustó algun tanto á los jueces: sosteniéndose en esto mismo, María estaba salvada; pero Isabel se sonrió, llena de satisfaccion; conocía el carácter débil de su víctima, y esperaba triunfar muy pronto.

Objetaron á María que estaba acusada de traicion contra la reina Isabel; que había querido en-